

# EL ESTANDARTE CATÓLICO

Diario de Tortosa

Año IX

Lunes 29 Mayo 1899

Núm. 2389

## CARIDAD

## CRISTIANA

Las consideraciones que nos ha sugerido la muerte de Castelar, parecen haber producido un efecto desastroso entre ciertos elementos.

No nos sorprende. Mejor dicho, lo esperábamos; y no es ciertamente culpa nuestra que la pasión política se deshaga en desconsideraciones e inconveniencias, ni hemos extremado ningún ataque que diera ocasión y margen á que la agena susceptibilidad saliese de sus casillas y se revoliera airada contra nosotros, dedicándonos piropos de mal género y casi, casi, y aun sin casi, negándonos el honroso título de católicos, que estimamos más que la honra humana y más que la misma vida.

Y todo esto, sencillamente, por haber cometido el horrendo crimen de decir lo que en conciencia sentimos acerca de Castelar; por haber depositado una oración sobre su tumba, cosas que no harán quizá muchos de sus correligionarios y admiradores; por haber, de paso y á la ligera, maldecido y renegado de las heregias, errores e impiedades de que nos deja tan inmenso legado en sus libros y discursos el difunto tribuno; por haber, en resumen, puesto en práctica la verdadera caridad cristiana, que no es hipócrita, ni mentirosa, ni convencionalista, sino justa, severa e imparcial; la caridad santa, hija de Cristo, de aquél que nos manda amar á nuestros enemigos; pero que no nos obliga á ensalzar y ponderar sus errores, heregias e impiedades, aunque quien eso diga y escriba, lo haga en lenguaje brillante y florido, en párrafos cuajados de grandes y elocuentes figuras retóricas.

Y en esta ocasión no sólo debíamos escatimarle á Castelar alabanzas y sahumeros, sino oponer todas nuestras fuerzas á esa especie de apoteosis que están llevando á cabo todos los elementos liberales de España, desde los más fríos y maños hasta los más fieros y recalcitrantes.

Sí, señor; y eso es caridad, y caridad verdadera; porque callando ante tan repetidos y universales elogios hubiera parecido que los aprobábamos también nosotros; y sobre nosotros caía la nota de consentidores y encubridores del escándalo; que escándalo es, y muy grave, de funestísima y horrible trascendencia, el callar por mal entendida delicadeza, cuando tantos gritan y alborotan en periódicos y tertulias, en calles y plazas, prodigan-

do desmesuradas e injustas alabanzas á quien, después de todo, se ha pasado su vida predicando ideas disolventes y blasfemias espantosas.

¡Buena fuera que ahora los católicos nos metiéramos á panegiristas del Sr. Castelar! Eso nunca.

Lo que es malo de sí, malo y reprochable es siempre, antes y después de la muerte, en todo lugar y en todo tiempo. Esas filosofías no las alcanza la maleda inteligencia de los chicos de la prensa liberal, y en su crasa ignorancia en materias religiosas lo echan todo á barato, y saltando por lo más santo y sagrado se arrojan el derecho de dar lecciones de catolicismo, de caridad cristiana y de educación á quienes tienen todo eso, y además, sentido común y criterio recto.

Lo que no tenemos, y francamente lo confesamos, es la debilidad de dejarnos arrastrar por las corrientes de la populacheria; la inconsecuencia necesaria para aplaudir hoy, lo que ayer reprobábamos; la blandura de carácter y la sensiblería, tan en uso, para llorar lágrimas de cocodrilo, y deshacerse en desesperados lamentos y en hipócritas jeremiadas.

Lo dijimos, y ahora lo repetimos muy alto, aun á trueque, de atraernos la malquerencia y animadversión de los idólatras de última hora: nosotros no adulamos ni á los vivos ni á los muertos.

Y no nos duele, no, esa malquerencia, antes al contrario nos alhaga y satisface; porque si el diablo nos tentara y nos cegara hasta el punto de hacernos amables los aplausos de los malos, nos consideraríamos, como dijo el insigne Mateos Gago, borrados del libro de los escogidos.

Esta es nuestra caridad.

J. M.

Tortosa 29 Mayo

## Comentarios

Lean Vds. y por vía de precaución agárrense donde mejor puedan para no caer tumbados de espaldas al enterarse de los nunca vistos ni oídos comentarios que cierto Ezeverri escribió á *El Correo Español* con motivo de la peregrinación á Villarreal.

Comentarios que á cien mil leguas huelen que apestan á la rabieta que está royendo los huesos al Sr. Ezeverri, él sabe por qué y nosotros tampoco.

Y como se refieren á una peregrinación, claro está, son comentarios muy peregrinos.

«La junta de Castellón, sin contar para nada con la de Villarreal (¡habrase visto!) invitó á última (como quien dice, in extremis) y á cenáculos

tapados (esto es, de oculis) para no espantar á los fieles (¿para no espantar á los fieles? Invítala, sin duda, á algún mago ó hechicero ó al Panto de Sevilla, ó al feroz, bigotudo y descomunal g g nte Polifemo) á los inquilinos del palacio de Oriente (Lo adi-  
vinamos. ¿Inquilinos del palacio de Oriente? Pues ya es á visto. Alguno de los reyes Magos; el negro sin duda) y el capitán general de Valencia se presentó allí en representación (¿se presentó en representación? Muchas presentaciones son estas) suya (¿de quién, de la junta de Castellón, de la de Villarreal, de los fieles, ó de los inquilinos?) con todo el aparato militar ya dicho; pero ¡qué contraste! (¡¡¡traste!!!) hemos oído muchos vivas á D. Carlos (¿cómo, cómo?) en el círculo tradicionalista, (¡ah!) y ni uno ni medio (ni un tercio, ni un cuarto, ni un quinto) á D. Alfonso ni á Doña Cristina, en ninguna parte» (arte).

El Sr. ESEVERRI no descansa un momento, pero nosotros creemos conveniente, disenter de dicho señor, y aun de mucho ha de servirnos la pleca que el señor cajista pondrá á continuación. ¿Que no? Como si la estuviera viendo, flamante y nuevecita.

¿La ven Vds? Continúa el Sr. ESEVERRI:

«Carlistas son los once concejales elegidos por Villarreal en las elecciones últimas (¿Once ha dicho usted? Pues mire Vd., ni lo sabía ni me hacía falta) carlistas las cuatro quintas (¿De quin'as me habla Vd. ahora? Todo sea por Dios) partes de la piadosa villa (pues hombre, si no fuera villa ya no sería Villa-Real) carlista la muchedumbre inmensa (por de contado, que para estar conformes en algo con el Sr. ESEVERRI, tampoco crearán Vds. eso, pues téngalo por seguro: él no lo cree) que tomó parte en la peregrinación, con contadas (peregrinación con con... peregrinación con con... ¡Qué bonitos! Y repa en Vds.: se nota cierto ritmo en esta frase. ¿A ver? Peregrinación, con con... peregrinación, con con... Si, indudablemente, hay cierto ritmo... carlista. ¿No les parece á Vds.?) con contadas excepciones; (exactamente las hay: el capitán general, una excepción; la gran mayoría de peregrinos, otra excepción; los demás, carlistas. De D. Carlos se entiende. Ya las tenía bien contadas el Sr. ESEVERRI) carlistas los muchos centros encarrilados (vaya, esto no está bien) que se lamentaban (eso tampoco) de aquella maleante intervención alfonsina de última hora; carlista resultó también aquel silencio respetuoso del predicador (eso ya está mal) de los Reverendos Obispos, (esto ya está peor) de los peregrinos (si los vivas que dieron los peregrinos hubiesen resonado á la

vez en su oído de Vd., de seguro que se quedaba Vd. sin timpano... y sin «tímpano») y hasta de las autoridades alfonsinas que se miraban recelosas, (es que presentian sus comentarios de Vd.) y carlistas, por último... (los potentes focos eléctricos que iluminaban las calles durante toda la noche, las banderas y gallardetes que ondulaban al dulce oredó de la blanda brisa, y las aceras de Villarreal y los bordillos de la plaza mayor, y hasta fué carlista el solo de clarinete con que terminaron los Kyries en la Misa solemne.

En resumen: que según opinión del Sr. ESEVERRI la peregrinación á Villarreal fué una peregrinación carlista, lo cual no es exacto, por supuesto, si bien lo son (carlistas) y hasta el mismísimo meollo, los comentarios que nos hemos permitido poner en solfa.

Punto.

## ¿Mujeres concejales?

Nosotros teníamos entendido que la mujer había sido creada para el hogar, exclusivamente para el hogar, y que su misión estaba circunscrita á atender á los quehaceres domésticos... Pero las corrientes «fin de siglo» se han empeñado en trastornarlo todo y han querido hacerla primero abogadas, farmacéuticas, «médicas», etc. etc., y por último en Inglaterra, en la civilizada Inglaterra, se han empeñado en llevar á la mujer al municipio, y que desempeñe el cargo de concejales ó alcalde.

Esto se ha discutido en la Cámara de los Comunes.

Y ha habido orador que se ha levantado para defender este pensamiento diciendo que las mujeres se habían conducido admirablemente en las asambleas electorales, y que, hoy por hoy, desempeñaban á conciencia importantes cargos en las juntas escolares, en los comités de beneficencia, en las juntas directivas de establecimientos industriales, y hasta en los mismos consejos de los condados.

En vista de estas pretensiones se procedió á la votación; siendo rechazada la proposición por 127 sufragios contra 101 favorables.

(Es decir que nada menos que en la Cámara de los Comunes hay más de cien individuos que son partidarios de que las mujeres deben mezclarse en la política, que apunten este detalle los entusiastas de la cultura inglesa).

Lejos de desalentarse por ese resultado, los partidarios del sufragio femenino continuaron durante el resto de la sesión defendiendo los derechos de la mujer.

Los diputados Mrs. Asquith y sir